

presa que ha verificado la predicación evangélica en tantas tribus y naciones que antes poblaron y aun pueblan el territorio de nuestro país. La obra de la caridad se nos presenta en México fundando poblaciones por medio de Fray Antonio de Segovia, de Fray Martín de la Coruña, de Fray Diego de Chávez, de Fray Juan Espinosa, de Fray Pedro Espinareda y Fray Cintos, de Fray Juan León, de Fray Juan Lázaro y Fray Francisco Esteva, del P. Salvatierra y de otros muchos evangélicos colonizadores. La hallaremos que crea hospitales con el V. Sr. D. Vasco de Quiroga, con Fray Miguel de San Gabriel, con el Sr. Zumárraga, con el Illmo. Payo de Rivera, con los primeros que vinieron á Michoacán y Jalisco; con los juaninos, que á fines del siglo pasado tenían á su cargo hasta veinticinco de esas casas; con los hipólitos, religión fundada por el V. Bernardino Alvarez, y que en 1746 cuidaban de once hospitales, y con los betlemitas, orden fundada por el V. Bethencourt, que al secularizarse impartían sus cuidados á diez casas en la sola provincia mexicana. La veremos que remedia las necesidades de los poblados, como lo hacía el V. Quiroga llevando de Cuba á su diócesis el árbol del plátano; el P. Wenceslao Linsk, introduciendo en la California el frijol, el garbanzo y el arroz; Fray Francisco Tembleque, llevando el agua á Otumba, desde á quince leguas de distancia, por medio de un acueducto admirable, alguno de cuyos arcos tiene ciento cuarenta y dos pies; Fray Antonio de S. Miguel, proveyendo también de agua á Morelia, por medio de otra arquería; el hermano Juan Gómez, introduciendo á Puebla el agua de Amaluca; el hermano Fray Juan Ajuria, trabajando el acueducto de Jalpa; el lego Pedro Buzeta, introduciendo primero el agua á Veracruz y luego á Guadalajara, por medio de obras subterráneas; y el B. Sebastián de Aparicio, abriendo el camino carretero de Querétaro á Zacatecas. Admiraremos también los efectos de la caridad cristiana en el V. Obispo Mendiola, llevando á costas su cama para alivio de un indio enfermo; en el Illmo Sr. Escalante que empeñó sus pontificales para dar limosna; en el Sr. Arzobispo Manso y Zúñiga, cruzando en canoa las calles de México para llevar socorros á los necesitados; en el Sr. Cano Sandoval, quitándose de los hombros la capa que llevaba, para

darla á los pobres; en el P. Juan Carnero, ayunando y vendiendo el chocolate que le daban en el convento, para invertir en limosnas el producto de esa venta; en el P. Gante, haciéndose niño entre los niños para poderlos enseñar; en Fray Juan Caro, formando en Tlaltelolco músicos indígenas; en Fray David el italiano, formando en nuestro país grandes bordadores; en Fray Juan de San Miguel, fundando el colegio de San Nicolás; en el Sr. Rodríguez Santos, el de su último apellido; en el Sr. Lorenzana, el de San José de Querétaro; en tantos obispos que erigieron y protegieron los seminarios; en los jesuitas, que al tiempo de su expulsión, regenteaban los estudios de treinta y cinco colegios en la sola provincia mexicana; en aquellos filólogos cristianos á quienes se debe que los idiomas indígenas sobrevivan en el mundo literario, que nos legaron tantas obras apreciables y que tan empeñosamente se dedicaron á esta empresa que sólo del mexicano existen, según el testimonio del P. Nájera, veinticuatro gramáticas, cinco diccionarios, las disertaciones del P. Sahagún y cerca de doscientos escritos ó traducciones de aquel idioma, que deben considerarse como otras tantas obras maestras. En fin, la caridad cristiana se revela en aquellos dictados tiernísimos que por antonomasia han dado nuestros pueblos á muchos de los apóstoles de esa virtud singular, como el de "San Juan de Dios vivo" al P. Rodríguez Galindo; el del "Hermano Gallina," por razón del cuidado con que ésta acoge bajo el ala á sus polluelos, al Hermano Juan Lozano; el de el "Apóstol Yucateco," al P. Francisco Javier Gómez; el de "Motolinia" (Pobreza), al P. Toribio Benavente; el de "Padre de los ahorcados," al P. Ascaray; y el de "Padre de los pobres, al Sr. Malpartida, á quien dió ese nombre el virrey duque de Albuquerque, al P. Juan Camero y á cien otros más (10).

¡Y en cuánto superaban los hechos y las personas á este breve catálogo! En él no hemos registrado las legiones de mártires que la difusión de la luz evangélica produjo; apenas incidentalmente nos hemos referido á algunos de los heroicos miembros de aquel ejército de misioneros renovado sin cesar por espacio de trescientos años y que recuerda nombres tan simpáticos y venerados aun en el día, como los de Fr. Antonio Margil

de Jesús y Fr. Junípero Serra. Lejos, muy lejos nos quedamos de esbozar siquiera el cuadro de las obras que la Caridad cristiana hizo en nuestra patria, durante el gobierno colonial; pero tampoco fué esa nuestra pretensión, que nuestro anhelo sólo aspiraba á tributar aquí un homenaje de respeto y un recuerdo de gratitud á aquellos á quienes tanto debió el querido suelo en que nos cupo la fortuna de nacer.

Aunque tan compendiosamente hemos tratado la materia, dejando de citar por esto, hechos y nombres que no podíamos abarcar en una sencilla y rapidísima ojeada, cualquiera puede apreciar con sólo ese resúmen, que á cada uno de los nobles espíritus evocados en nuestra memoria, ha descendido la caridad, casi siempre, bajo una de las inmutables formas de que esta reviste el caracter universal que le diera su Divino Autor y Promulgador; dependiendo seguramente en cada caso la forma tomada por la aplicación de la ley del amor, de las necesidades de cada época, de las simpatías que por tal ó cual de sus aspectos sintieran los misericordiosos, y de los medios de realización que cada quien tuviera á su alcance ó pudiera proporcionarse; pues todas estas circunstancias, que deben tomarse en cuenta, han influido poderosamente en que sea raro ver reunida en aquellos que han consagrado su vida al acatamiento del precepto soberano de amar á Dios y al prójimo, la omnisciencia de la caridad, dotada del privilegio de la ubicación, sensible á todo mal ajeno y providenciando así el socorro, el consuelo, el remedio de los que gimen en este valle de lágrimas.

Verdadero genio de la caridad, genio omnipotente, de esos seres extraordinarios cuyo corazón tiene menos de víscera fisiológica que de entraña de misericordia, aparece á principios del último tercio del siglo pasado, en Guadalajara, aquel ínclito religioso dominico cuyo nombre bendecimos de padres á hijos hace ya una centuria, cuyos hechos todos son maravillas de bondad y algunas de cuyas obras, sólo por la fuerza de los cimientos en que se asentaron, pudieron resistir el furioso embate de aquel desbordamiento de huracanes de la Reforma, con su tronar de rayos, sus mugidos de lenguas flamígeras, su traqueteo gigantesco del hierro entrechocado con el hierro, que apla-

naron al ras de la tierra ó convirtieron en ruinas desoladas tantos grandiosos monumentos levantados por la piedad antigua, tantas benéficas instituciones á que nuestra patria debió el que fuera menos grave el yugo de su dependencia, ese peso que por suave que sea, se resiste á nuestra condición de criaturas libres.

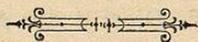
“Fray Antonio Alcalde!” habrá exclamado ya sin vacilar cada uno de los que pasen sus ojos por estas líneas. Ese, en efecto, es el nombre con que el egregio varón calzaba aquellos documentos en que su munificencia se desplegó, derramando por millares las sumas que sirvieron para erigir asilos benéficos, casas de instrucción, templos del Altísimo! Ese, el nombre que, llorando de agradecimiento, proferían tantos y tantos quetuvieron hambre y fueron por él socorridos en el día de la necesidad. Ese, el nombre que enseñaban á sus pequeñuelos, cuando éstos aun balbutían, las madres que tuvieron, merced á la dotación que les señaló cuando eran doncellas, pan en su nuevo hogar. El mismo que tantas vírgenes pronunciaban con agradecimiento, en el retiro que amparaba su candor y su pureza, después de invocar á Dios. Ese, el que hoy todavía el humano ser doliente exhala, al ver suavizadas sus penas y mitigados los sufrimientos de su cuerpo, teniendo un lecho en donde recostar sus miembros desfallecidos, alimentos que den vida á su organismo, medicinas que le hagan recobrar la salud, hermanos suyos que lo asistan, sacerdotes que vayan á consolarlo si ha llegado su hora postrera y, en fin, hasta un rincón en donde poder dormir tranquilo el último sueño, sin ser presa de las aves del cielo ó de las fieras del bosque! Por eso es que ese nombre tiene para nosotros los jaliscienses beneficiados, algo de la suavísima dulzura que hallan las almas místicas en pronunciar el nombre sin segundo de Dios; y aun para dar mayor fuerza á la veneración con que decimos aquel nombre, formando como un pleonasma de agradecimiento, siempre agregamos al pronunciarlo algún mote que simboliza nuestra gratitud, como las dulces voces de padre, tutelar y amparo.

En verdad que mucho más merecieran los gloriosos timbres de quien “pasó por nuestro suelo haciendo el bien;” pero

la palabra humana es impotente para interpretar lo que es maravilloso, por más que haga extraordinarios esfuerzos de innovación. A justificar la exactitud de aquel concepto, poniendo á la vista los altísimos méritos del Sr. Alcalde, hay que apelar en ese caso; é indudablemente, atendiendo á tal consideración, es que el Venerable Cabildo de esta Arquidiócesis ponga su conato en que se dilucide tan perspicuamente cuanto sea posible este prolífico tema: “¿Qué resultados benéficos han producido las obras del Sr. Alcalde?”

A la hora actual muchos privilegiados ingenios deberán ya haber dejado correr la péñola en busca de la solución satisfactoria de ese brillante estudio histórico-social; pero si á pesar de eso, y no obstante la carencia de las dotes que se requieren para profundizar tan elevado asunto, acometemos á nuestra vez esa taréa, no es porque pretendamos emular literariamente con los galanos cultivadores del arte de la fraseología; sino emularlos, sí, en las honrosísimas taréas de investigar hasta donde las fuerzas nos alcancen, —que á hacerlo fielmente nunca nos atreveríamos ni suponer;— de recordar los beneficios de que somos deudores; de procurar aquilatarlos, sin esfuerzo para contrahacer la verdad histórica; y finalmente, de conseguir, por este medio, que el reconocimiento acrezca en proporción á la clarividencia de los beneficios.

¡Quiera Dios que al menos la modesta obra nuestra no desmerezca, como sencilla estrofa, de las estancias grandilocuentes del himno general con que, de un ámbito á otro de la patria, se loan las virtudes del Genio de la Caridad, Fray Antonio Alcalde!



Cimientos de un gran gobierno.



EL JUEVES 12 de diciembre de 1771, fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, hacía su entrada pública en Guadalajara el Sr. Obispo nuevamente nombrado, D. Fray Antonio Alcalde; (10) pues aunque en nombre suyo había tomado posesión, desde 12 de agosto del mismo año el Maestrescuelas Dr. D. Manuel Colón de Larrecátegui, (11) habían detenido al Sr. Alcalde en la capital del Virreinato las últimas discusiones, las asambleas solemnes y las lecturas del Concilio IV Provincial Mexicano, que se acabó hasta el 9 de noviembre del año citado. (12)

Venía el Illmo. y Rmo. Pastor á esta grey, precedido de la fama de las obras benéficas que había verificado en la diócesis que antes rigiera y de la que fué promovido á la de acá: en Yucatán. Allá había consagrado solemnemente la catedral de su sede, había visitado por dos veces toda la extensa región sometida á su cuidado evangélico; por medio de prudentísimas disposiciones, había logrado hacer que se estableciera la emula-